

Formación para el Agente de Pastoral de hoy

XLI Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional. Antonio Ávila

Cuando me pongo manos a la obra, con el fin de articular mi intervención en estas Jornadas, siento, una vez más, ese escalofrío de no estar seguro de acertar con lo que ustedes esperan, pero sobre todo con lo que ustedes necesitan. Me pregunto si mis reflexiones y propuestas estarán en sintonía no sólo con las aportaciones de mis compañeros, sino con las expectativas de los oyentes y de los lectores.

Es en estas ocasiones, en que me surgen todo tipo de dudas, me viene a la memoria lo que decía el padre Rahner sobre muchos de nuestros discursos:

"¿Habéis experimentado alguna vez el horror de que vuestro corazón se pare cuando os oís a vosotros mismos y vuestras palabras, tan piadosas y eruditas teológicamente, parecen sonaros como una verborrea insoportable? ¿Habéis pasado sinceramente alguna vez por ese infierno?" (K. Rahner, Cambio estructural de la Iglesia, Cristiandad, Madrid 1974, p. 105)

Con el fin de superar estos temores de que todo suene a hueco y simplemente académico, articularé mi aportación intentando de ser claro y esquemático, dado el tiempo con el que contamos, a pesar de correr el riesgo de aparecer como demasiado simplista; pero sobretodo, recogiendo mucha de la riqueza vivida en el trabajo con los jóvenes a los que he acompañado y me han acompañado en nuestro vivir cristiano.

Así, mis aportaciones provienen de una doble fuente: Una más teórica, debida a lecturas, a mi formación tanto teológica como filosófica, y a reflexiones y diálogos con amigos y compañeros; y otra que procede desde el ámbito de la experiencia, debida en este caso a mi participación en algunos proyectos de pastoral con jóvenes. Entre ellos me gustaría recordar algunos, que han marcado especialmente mi vida y mi ejercicio pastoral, que a estas alturas han rendido ya frutos de los que me siento especialmente orgulloso: La comunidad de seminaristas de Madrid, de la que fui responsable y con los que conviví en el barrio de Caño Roto de Madrid; el trabajo con universitarios en la actual Universidad CEU de Madrid; la comunidad de jóvenes, que durante años nos reunimos en el comedor de casa, y que hoy ya son padres y madres de familia; y el Curso de Iniciación de Pastoral con Jóvenes (CIPAJ) llevado a cabo en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid a lo largo de varios cursos, por el que pasaron un número importante de jóvenes muy motivados por su formación, con bastante de los cuales sigo manteniendo contacto.

I. Algunos presupuestos

Tras la presentación del que se dirige a ustedes, y de las credenciales que le avalan, es momento de comenzar a abordar el tema. Para ello les invito a ubicarnos muy brevemente en el contexto en el que desarrollan su tarea los agentes de pastoral, y que necesariamente ha de influir en su formación. Me detengo muy brevemente en ello, porque supongo que ha sido

abordado por otros ponentes, y porque a ello me he referido en otros lugares¹. Señalaré únicamente tres pinceladas: Una referida a los jóvenes que tenemos delante; otra referida al contexto socio-cultural y eclesial en el que vivimos; y otra referida a la disyuntiva en la que se encuentra la acción pastoral misma.

A. Los jóvenes: ¿Jóvenes vs. Juventud?

Un pregunta inicial que no siempre nos hacemos, pero que creo imprescindible a la hora de abordar la creación de cualquier proyecto de pastoral con jóvenes, y naturalmente también un proyecto de formación de agentes de pastoral es: ¿Agente para qué jóvenes? Esto responde a una pregunta previa largamente discutida: ¿Nos encontramos ante una generación de jóvenes con rasgos comunes que la identifican, la generación “X”, “Y” o “Z”, o nos encontramos con una tipología de jóvenes tan plural y compleja, que debemos decir: ¿Dime de qué joven hablas y te diré qué agente de pastoral necesitas?

Entre uno y otro polo se sitúan muchas de las posturas, los escritos, y las aportaciones de unos y de otros: sociólogos, psicólogos, educadores, pastoralistas... Personalmente me he referido a este tema en otras ocasiones², y creo que en este caso, como en tantos otros, en un punto medio de síntesis:

- Creo que es necesario que se señalen y se comprendan las diferencias entre unos jóvenes y otros. No es lo mismo trabajar con jóvenes de una clase social, que lo tienen todo cubierto, y que llenan los colegios mayores y las residencias universitarias, que con aquellos otros que con bastante fracaso escolar están a la búsqueda de un trabajo que nunca llega. No es lo mismo compartir codo con codo el trabajo solidario con jóvenes en un voluntariado que entablar relación con chavales que solamente piensan en pasárselo bien. No es igual, por desgracia, ser nativo que emigrante,
- Pero, siendo esto verdad, no es menos verdad que es necesario descubrir y tener en cuenta los hilos profundos comunes que tejen el momento personal que viven todos los jóvenes. Esa etapa del desarrollo humano que se caracteriza por preparar al que antes era un niño a asumir las tareas y las responsabilidades de un adulto. Estos hilos profundos naturalmente que se manifiestan en formas plurales y distintas, según muchos condicionamientos personales y sociales, pero están en el fondo de los jóvenes y deben ser conocidos y tenidos en cuenta.

Dicho de forma muy escueta y muy lapidaria: No hay una única forma de ser agente de Pastoral con jóvenes, y por lo tanto no hay un modelo único de formación, porque tanto los receptores de esa formación como aquellos a los que intentan acompañar gracias a Dios no son iguales, sino distintos y plurales. Pero no es menos verdad que hay aspectos y elementos importantes e imprescindibles a tener en cuenta, que deben estar presentes en toda formación de agentes de pastoral, porque responden al momento biográfico-personal, que es la juventud, y a la misma esencia de lo que es ser y generar seguidores de Jesús.

B. EL contexto actual

En segundo lugar, debemos preguntarnos por el contexto en el que estamos. Por el momento histórico y eclesial en el que se desarrollan nuestra vida y nuestra acción. Todos somos hijos de nuestro tiempo. Un tiempo que nos configura. Intentaré señalar brevemente algunos aspectos que considero importantes, y que necesitarían un mayor desarrollo:

¹ A. Ávila, “Citados a explorar los signos de los tiempos”, *Revista de Pastoral Juvenil*, (2010) 466-467, pp. 34-38; “Entre el 15M y la JMJ, una sociedad en cambio”, *Misión Joven* (2011) 416, pp. 5-12

² A. Ávila, “La pastoral juvenil en la nueva evangelización”, *Almeriensis* (2011) IV,1, pp. 135-152

1. El contexto social y cultural

a) *Pluralidad*

Una mirada directa, y por lo tanto excesivamente simple pero suficiente para lo que pretendemos, nos permite tomar conciencia de que no solamente nuestros jóvenes son distintos entre sí, sino que es nuestra sociedad la que es plural y cada día más compleja. Multicolor en el color de la piel de los que la formamos, plural en los lenguas en las que nos comunicamos, en las ropas que vestimos, en las músicas que consumimos, en los sabores que gustamos, en las familias de las que participamos, en las verdades en las que nos apoyamos para entender y comprender la realidad en la que vivimos,...

b) *Posmodernidad*

Una sociedad en la que ha ido emergiendo y se ha ido empapando de una filosofía de fondo, que hemos venido a llamar posmodernidad. Ésta se caracteriza por una serie de rasgos, muchas veces no suficientemente definidos, pero que como la niebla todo los empapan: El individualismo radical, el presentismo, el predominio de lo emotivo y afectivo sobre lo racional, la búsqueda de la felicidad como objetivo de vida, la sospecha referida a las ideologías y a las instituciones, la ley del deseo sobre la responsabilidad...

c) *Importancia de la crisis*

En medio de esta situación estalla una crisis económica fenomenal, que entre otras cosas hace saltar en añicos el presente y el futuro de los jóvenes. El presente, porque la sociedad de bienestar y consumo en la que les hemos socializado comienza a decirnos adiós. Y el futuro, porque el trabajo cada día se hace más difícil. Las tasas de paro que padecemos se agudizan especialmente entre los más jóvenes, que o bien no pueden acceder al mundo laboral, o bien lo hace con contratos temporales o de aprendizaje, que hemos venido a denominar “contratos basura”. En esta situación a los adultos se nos rompen los esquemas: Los padres, que queríamos que no les faltara de nada y que fueran felices, ven con preocupación que el futuro económico que ellos vivirán es peor que el que nosotros hemos vivido; y los mecanismos sociales de poder que los consideraban divertidos, “disco y botellón”, (forma actualizada de “pan y circo”) los empiezan a descubrir indignados, y no saben cómo estarán mañana.

¿Será esta una ocasión para recuperar muchos de los valores de la juventud?

d) *Rapidez de los cambios*

Y todo ello en un mundo sometido a cambios tan rápidos y tan profundos, que llegan a marearnos. ¿Se dan ustedes cuenta lo rápidas que van las cosas? Algún autor ha señalado, que éste no sólo es el rasgo más definitorio del contexto social actual, sino que es el que más nos bloquea, porque los cambios son tan profundos que hemos perdido los puntos de referencia, que en otras situaciones nos permitían intuir donde estamos y que nos permitía saber hacia dónde nos llevaban los cambios, y, por lo tanto, tomar postura ante ellos. En la actualidad es como si nos encontráramos conduciendo un coche sin frenos a toda velocidad por una carretera sin señalizaciones, que no sabemos a dónde nos conduce. (La imagen me ha podido quedar un poco exagerada, pero creo que es suficientemente gráfica de lo que quiero decir).

En este contexto desarrollamos nuestra tarea educativa. Podríamos continuar señalando otros rasgos de la situación actual, y ampliando la descripción de los anteriormente presentados, pero debemos dar un paso más para ir a lo que considero que es el centro de nuestra exposición.

2. El contexto eclesial

Una segunda cuestión que me parece pertinente abordar en la descripción del contexto social es el que se refiere al contexto religioso, eclesial y pastoral que vivimos. Solamente unas pinceladas.

Cuando volvemos los ojos a los aspectos religiosos y a la Iglesia, el primer rasgo que define el contexto religioso en el que se desarrolla la vida de los jóvenes es el de indiferencia.

Me gustaría que tomáramos conciencia de lo que estamos diciendo. Hablamos de un contexto de indiferencia, que es más grave que uno de increencia, porque se ha dado un paso más en el proceso de alejamiento de la fe. El increyente ha llegado a la increencia como respuesta a la pregunta sobre la fe. El indiferente es refractario a la pregunta religiosa. No se la hace. No le interesa, y por lo tanto "pasa" ampliamente de cualquier tipo de pregunta sobre Dios.

Y una indiferencia, que en nuestro contexto de país de tradición cristiana, adquiere características de "post-cristiana". No sólo no interesa la propuesta cristiana, sino que es rechazada frontalmente por conocida y padecida. Lo cristiano se identifica con lo más reaccionario, tanto como propuesta social como de represión de la libertad personal. El Evangelio no se identifica como buena noticia sino como fuente de muchos de los males que nos aquejan, y de los que debemos liberarnos. Son muchos jóvenes, según los datos sociológicos ya mayoría, para los que el hilo de la trasmisión de la fe se ha roto³.

Esto no es sino una cara de la moneda. Existe a la vez un anverso que nos permite afirmar con la misma convicción que éste no es ni con mucho el peor momento de la historia de la Iglesia, sino que por el contrario es un tiempo de grandes esperanzas. No hay más que volver los ojos a otras épocas, conocer la situación del cristianismo que se vivía en otras épocas para poder decir con toda verdad que en ese tiempo afloran cristianos, muchos de ellos laicos, que vive su fe con una madurez, una profundidad y una radicalidad comparable a la de los creyentes de los mejores momentos de la historia de la Iglesia⁴. Por eso la tarea de formar agentes de pastoral, que estén a la altura de las circunstancias es, probablemente, una de las tareas más importantes y más gratificantes de la acción pastoral.

C. Una pastoral en la encrucijada

Y, finalmente, debemos dedicar unas líneas a la situación de la pastoral, en la que se inserta el tema que en este momento nos preocupa.

Vivimos un momento, un momento que se prolonga ya algunos decenios, en el que la acción pastoral se encuentra en una encrucijada, que no terminamos de resolver, y que son los acontecimientos, y no nosotros, los que la van decantando.

Por una parte nos encontramos ante la disyuntiva de elegir entre una pastoral de evangelización o una pastoral de mantenimiento. Sé que los dos polos de esta disyuntiva no se excluyen radicalmente. Qué plataformas que históricamente han servido para una pastoral de mantenimiento que, con las modificaciones adecuadas, pueden ser utilizadas como plataforma de evangelización. Pero en cualquier caso deberemos tener las ideas claras, tomar postura, y actuar en coherencia con lo que hemos descubierto que es necesario.

Esto nos lleva una segunda disyuntiva, que podríamos formular como: la angustia por los números o la preocupación por la calidad. Creo que solamente con el enunciado es suficiente,

³ J. Martín Velasco, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Ed. Sal Terrae, Santander 2002; J. Vitoria, *No hay territorio comanche para Dios*, Ed. HOAC, Madrid 2010, pp. 42-46.

⁴ J. Delumeau, *Le christiansime va-t-il mourir?*, Hachette, Paris 1977.

y que no tengo mucho más que explicar. Baste con mirar a la orientación y el trabajo concreto y real de nuestras pastorales vocacionales, a los criterios de discernimiento y admisión, y a los programas de formación para la vida religiosa, para el ministerio presbiteral, o para la formación de militantes. Creo que esto es suficiente para comprender la cuestión, y para diferenciar los tipos de respuesta, que estamos dando en cada caso.

II. La formación para el Agente de Pastoral con jóvenes

A partir de estos presupuestos, brevemente esbozados, debemos abordar el objeto de esta ponencia: ¿Cuáles han de ser las líneas para la formación de los agentes de pastoral con jóvenes?

Presentaré mis aportaciones en tres momentos, referidos cada uno de ellos a uno de los aspectos que considero fundamental, pero, si ustedes me preguntasen el grado de importancia que doy a cada uno de ellos, con la mano en el corazón les tendría que responder que, considerando todos ellos importantes, fundamentales diría yo, el grado de su importancia es el inverso a su presentación. Así, iremos de menos a más en mi consideración de su grado de importancia.

A. Formación en los contenidos

Comencemos, pues, por los conocimientos básicos, que deberíamos proponer como objetivo en la formación intelectual de aquellos que están llamados a ser agentes pastorales, o ejercen ya esta tarea. Lo que señalo como objetivo al referirme a los que trabajan con jóvenes, considero que es extensible a todos los agentes de pastoral. Soy consciente de que no es lo mismo un catequista de una parroquia del barrio, que un formador/a de un noviciado, pero creo que todos, según su nivel, deberían adquirir conocimientos básicos adecuados a su tarea.

Me gustaría partir de una afirmación, que para mí es evidente, pero, por lo que veo algunas veces en la práctica pastoral, no lo es para todos: ¡Nuestros jóvenes no son tontos! Aunque algunas veces los tengamos divertidos, e incluso atontados con algunas sustancias (pongamos por ejemplo el alcohol, que tanto consumen..., o las series televisivas y el circo mediático), pero por mucho lo intentemos o lo intenten, no logramos cortarles totalmente sus cabezas. ¿Por qué digo esto? Porque hay veces que me pone de los nervios ver algunos proyectos con jóvenes que tienen únicamente como objetivo entretenerlos para que no se nos vaya.

Nuestros jóvenes no son tontos. Probablemente, con todas sus deficiencias, ésta sea la generación que más conocimientos ha adquirido. Tienen más dominio de idiomas y manejan más medios técnicos, que ninguna generación haya utilizado nunca; conocen más mundo que la generación de sus padres y, desde luego, que la de sus abuelos... Probablemente tienen carencias, incluso importantes, en algunos aspectos de su formación, pero a esta generación no la podemos ofrecer únicamente juegos, dinámicas de comunicación, o salidas al campo. Necesitan sentir y comprobar que aquellos que les acompañan en el proceso están suficientemente preparados, de manera que puedan ser interlocutores válidos a la hora de abordar desde cuestiones teóricas a los problemas que realmente les preocupan y les interesan.

Esto, sin duda, supone un conocimiento y una formación lo más amplia posible. Y supone, claro está, estar con el oído atento a las cosas que les interesan. Y dispuestos, también, a aprender y a enriquecernos de sus conocimientos y de sus opiniones.

Puestos a sintetizar, yo propondría dos áreas de formación en el ámbito de los conocimientos, que me parecen imprescindibles, pero que no siempre son suficientemente atendidas:

- De una parte, un conocimiento serio y actual de las aportaciones de las ciencias, principalmente las ciencias humanas (psicología, sociología, pedagogía, antropología cultural...), pero no sólo de ellas;
- y de otra parte, un conocimiento razonado y razonable para el mundo de hoy de los contenidos de la fe, y naturalmente de la Historia de la Salvación.

Digo que no siempre son suficientemente atendidos, porque muchas veces me lleva a preguntar qué formación en esta materia tienen nuestros futuros presbíteros, y qué consecuencias tienen sus carencias en el ejercicio de su tarea pastoral. Y lo que digo de los futuros presbíteros lo diría a otros muchos niveles.

1. El conocimiento de las ciencias humanas y sus aportaciones

Ya el concilio Vaticano II proponía tener en cuenta las ciencias humanas en la formación de los agentes de pastoral⁵, aunque no sé si hemos avanzado suficientemente en este aspecto.

Creo que personas, que pretendemos que ejerzan una tarea de liderazgo y de acompañamiento en el mundo juvenil, deberían tener conocimientos más profundos en estas materias, y no simples informaciones u opiniones, muchas veces muy superficiales y poco contrastadas, de la realidad social y cultural en la que viven los jóvenes actualmente.

Sería interesante que poseyeran una visión suficientemente fundamentada, que les permitiera, a pesar de las dificultades anteriormente señaladas, hacer juicios de hacia dónde parece que se dirigen las cosas, con el fin de formar y preparar a nuestros jóvenes para ese futuro que les va a tocar vivir.

En este sentido creo que son muy interesantes los conocimientos no sólo de los medios de comunicación de masas, sino especialmente de aquellos que más utilizan los jóvenes. Pienso en los videojuegos, la música y sus contenidos, las series de televisión que están dirigidas especialmente a los jóvenes, los cómics... Algún sociólogo hace años se atrevió a afirmar que el mejor indicador del tipo de joven con el que trabajamos es el tipo de música que consume. Que éste era el mejor definidor de las tribus urbanas y de los subgrupos juveniles. No sé si esto hoy podría seguirse manteniendo esta afirmación. Creo que sí. Aunque, probablemente, la música podría ser complementada con algunos otros productos, cómo los que acabo de señalar. En cualquier caso, es muy interesante el análisis de sus contenidos; de los valores que por estos medios se transmiten; de las ideas y las ideologías subyacentes...

Además de un conocimiento de estos medios y sus contenidos, probablemente encontraríamos en ellos, un gran capital de recursos pedagógicos para no pocas reuniones de grupo. Me viene a la memoria la gran tarea que en este campo ha realizado Fernando González Lucini en la música española de cantautor. ¡Cuánto he aprendido de él! Pero sobre todo lo que más me ha aportado es atender el oído atento a la música que consumen los jóvenes⁶. Lo mismo podría decir de otros autores y amigos. Pienso en Herminio Otero, y tantos otros, que se han dedicado a trabajar estos temas, y a enseñarnos cómo utilizarlos.

Como comprenderán ustedes, de las ciencias humanas una que considero imprescindible es la psicología. No en vano me dedicado a ella. De esta materia podemos recibir dos grandes aportaciones: Una, la comprensión de la persona que tenemos delante, y el momento personal

⁵ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* 62

⁶ F. González Lucini, *Veinte años de canción en España (1963-1983)*, 4 volúmenes, Ediciones de la torre, Madrid 1987; ... y *la palabra se hizo música - la canción de autor de España*, 3 volúmenes, Fundación autor, Madrid 2008.

que ésta vive: su desarrollo y sus relaciones. Y otra, una serie de técnicas y habilidades para el acompañamiento y la escucha. En este momento me referiré solamente a las primeras.

Centrándonos en la primera aportación, me atrevería a decir que probablemente el tema principal que nos aporta la psicología actual a los agentes de pastoral, para los evangelizadores y para todo cristiano que se pregunta en serio sobre su vida cristiana y el seguimiento de Jesús, es la pregunta sobre “el sentido de la vida”, que nosotros debemos acoger y poner en relación con el Evangelio como buena noticia.

Es aquí, a mi manera de ver, donde encontramos un eje vertebral para el anuncio del Evangelio, la maduración de la fe, y la coherencia de vida. ¿Son ustedes conscientes de las consecuencias que tendría en nuestra pastoral con jóvenes, si tomamos conciencia de que éstos, a los que muchas veces super protegemos, entretenemos, consideramos frívolos, o nos generan un cierto rechazo, los comprendiéramos como alguien que, de forma más o menos consciente, lo que están buscando es una razón para ser, para vivir, para ser felices...?

¿Son ustedes conscientes de lo que supondría una pastoral con jóvenes que tuviera como objetivo ayudar a que éstos pudieran formular sus ansias y deseos más profundos; y donde la propuesta del seguimiento de Jesús no fuera una propuesta doctrinal sino una respuesta vital a sus deseos de encontrar sentido a la vida? Probablemente el Evangelio volvería a ser buena noticia y no superestructura doctrinal.

Todo esto supone un conocimiento teórico y una actitud escucha de los jóvenes que tenemos delante. La unión entre el conocimiento de las aportaciones de la psicología, y el encuentro con los jóvenes concretos, nos permite superar prejuicios y abordar cuestiones importantes. Simplemente enumeró algunas:

- La adolescencia y la primera juventud (probablemente toda la vida) es el tiempo de la pregunta por la identidad a todos los niveles. ¿Quién soy? Esta es la pregunta que nos hemos debido hacer todos, aunque siempre nos da miedo hacérsola. ¿Quién soy? Una pregunta que tiene muchos niveles, que abarcan desde la corporalidad, la identidad sexual, la clase social, las relaciones familiares...
- Y la adolescencia, pero sobre todo la juventud es el tiempo de responder esta cuestión con otra nueva no menos interesante, pero no menos arriesgada: ¿Quién estoy llamado a ser? ¿Quién quiero ser? La juventud es el tiempo de los sueños, de los proyectos, de un proyecto concreto de vida, de un proyecto compartido con ese otro/a del que me enamoro y con el que estoy dispuesto a vivir en intimidad.
- Y en el trasfondo las confusiones, los miedos, las angustias,... ¿Por qué nuestros jóvenes tienen tanta necesidad de alcohol para divertirse? Será, como dicen algunos psicólogos y psiquiatras, porque es una generación menos alegre de lo que aparenta y con grandes dificultades de expresar lo que les angustia? ¿Por qué nuestros jóvenes "mienten" tanto en los chats? ¿Será que no mienten sino que se sueñan? ¿Será ésta la razón por la que se crean “avatares”?

Un buen agente de pastoral con jóvenes es aquel que sabe escuchar lo que pasa en el interior de los jóvenes, porque tiene práctica de escuchar su propio interior y porque tiene un conocimiento básico del momento psicológico que es la adolescencia y la juventud. Y por lo tanto, y a partir de aquí, no se deja engañar por lo que aflora en la superficie sino que es capaz de escuchar la brisa interior de los jóvenes a los que acompaña.

2. Los contenidos de la fe: La adquisición de al menos unos conocimientos teológicos básicos

Pero avancemos un poco más y abordemos el tema de los contenidos de la fe. El tema es amplio y merecería la pena una ponencia sobre el mismo.

En este momento hay una preocupación por parte de algunos sectores de la Iglesia, que, resumiéndola mucho, la podríamos concretar en el interés de que los contenidos de la fe estén no sólo de acuerdo sino que recojan las proposiciones del catecismo. Es una preocupación por "lo doctrinal". Yo les tengo que confesar humildemente, no sé si estoy equivocado, que no participé de esta preocupación. Para mí la principal preocupación en este tema es que la formación se centre y tenga como núcleo el conocimiento de la persona de Jesús, el Cristo, y de su propuesta, que podríamos sintetizar en el anuncio del Reino de Dios, y todo lo que este anuncio supone.

Creo que es en torno a este eje donde se debe articular la formación teológica de los agentes de pastoral con jóvenes, puesto que en gran parte su tarea, si es pastoral, es acompañar a los jóvenes en el seguimiento de Cristo y ayudarles a construir comunidades fraternas, que sean signo de ese Reino, que todos ansiamos.

A partir de aquí, se podrán incorporar otros contenidos de la fe, de tal manera, que formen un todo armónico y no una simple colección de conocimientos o/y de verdades puestas unas detrás de otros de forma inconexa. En el fondo me estoy refiriendo a la jerarquía de verdades, y estoy señalando la que me parece central y nuclear, a partir de la cual articular toda la formación. Sé que esto es opinable. Pero en cualquier caso considero que es indispensable que los contenidos de la fe sean adquiridos como un todo armónico.

Dicho esto, hay otro tema de vital importancia en la formación teológica de los agentes de pastoral con jóvenes, que es el de la razonabilidad de la fe y el diálogo con el mundo actual. Probablemente una de las cosas que más daño ha hecho ha sido la transmisión de una fe aprendida, pero no comprendida, y ajena al resto de los conocimientos que nuestros jóvenes adquieren. Es la mejor forma de convertir a la fe y sus contenidos en "cuentos para niños", que uno debe abandonar cuando crece; o en leyendas de otras épocas, que ya no tienen nada que ver con el mundo actual, sino como argumento de pseudo-novelas históricas de aventuras.

Finalmente, y a partir de aquí se abre un tema muy apasionante, que solamente enuncio, que es el de la inculturación de la fe al mundo actual: La capacidad de retraducir el mensaje a categorías actuales, no sólo comprensibles sino atractivos, igual que San Pablo supo hacerlo de las categorías judías a las del mundo grecorromano.

B. Aptitudes, actitudes y recursos del agente de pastoral

Abordemos ahora un tema que va más allá de los contenidos, y que es mucho más que simples técnicas de comunicación, o el conocimiento de materiales y recursos didácticos. Son las aptitudes, las actitudes y los recursos que debería tener y desarrollar todo agente de pastoral.

Fíjense ustedes que no he utilizado el verbo "adquirir" sino los verbos "tener" y "desarrollar", porque a lo que me voy a referir, principalmente las aptitudes y las actitudes, difícilmente se adquieren. Parafraseando a E. Fromm, el amar es un arte⁷, para el que no todos estamos igual de dotados. Casi podríamos hablar de un don.

Pues bien, en todo proceso educativo muchas veces más importantes que los contenidos son las personas que los transmiten. Sus cualidades y sus capacidades para la transmisión del

⁷ E. Fromm, *El arte de amar*, Ed. Paidós, Barcelona 2007

mensaje. Pensemos en los muchos profesores que han pasado por nuestras vidas, que consiguieron que nos enamoráramos de algunas asignaturas, o que hicieron odiosas otras. Si esto es así en los conocimientos, piensen ustedes en el papel del agente de pastoral a la hora de acompañar a los jóvenes en la fe. No en vano en nuestra tradición hemos utilizado el término de "testigo de la fe", porque siempre hemos considerado que el mensajero no es simplemente portador de un mensaje, sino que es parte del mensaje mismo.

Una vez más intentaré abordar este tema desde distintos aspectos, que van desde las cualidades más humanas hacia la dimensión más testimonial de la fe.

1. Capacidades humanas y de relación

Hay una serie de cualidades que considero que son básicas, pero que no parecen evidentes a todos los que trabajamos en pastoral. Incluso aquellos que decimos tenerlas claras, en la práctica las olvidamos o nos las practicamos. Me refiero fundamentalmente a dos: la capacidad de escucha y la capacidad de empatía. Se debe a C. Roger el haberlas formulado terapéuticamente y el habérselas recordado⁸. Aunque no es el primero ni el único en hacerlo. A mí personalmente me estremece un texto de D. Bonhoeffer:

"Muchas personas buscan un oído que les escuche. Y no lo encuentran entre los cristianos, porque los cristianos hablan cuando deberían escuchar. El que nunca escucha a su hermano tampoco escuchará a Dios.... Alguien que no puede escuchar mucho tiempo y pacientemente, hablará inútilmente y nunca realmente hablará a los otros, aunque no sea consciente de ello." (D. Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, Nueva Aurora, Buenos Aires 1966, p. 97).

Lo que Bonhoeffer decía en los años 30 del pasado siglo creo que hoy sigue siendo de plena actualidad entre nosotros. Seguimos más preocupados por decir que por escuchar. Por eso, en la capacitación de los agentes de pastoral, una de las cuestiones que se debe cuidar es la capacidad y las técnicas de escucha.

El saber crear ese clima de escucha que le permite al otro no sólo comunicar lo que piensa sino lo que siente y vive. Esa confianza y aceptación básica desde él y no desde mí, que es la empatía. Ese saber escuchar no lo que el otro me dice sino lo que me quiere decir, o incluso lo que aún no es capaz de decir, porque aún no se lo ha dicho ni a él mismo. Esa capacidad para aguantar los silencios sin ponerse nervioso. Esa escucha que permite distinguir entre unos silencios y otros, porque no todos los silencios son iguales. Esa escucha cálida, que no juzga, sino que acompaña; que no condena, pero que abre caminos.

La escucha es una capacidad, es un arte, que algunos tienen como un don natural, mientras que otros tenemos que irlo descubriendo con no pocos esfuerzos en nosotros mismos. Pero incluso los primeros deben cultivarlo, y conocer algunas técnicas de escucha para sacarle el mayor partido posible.

Esto, como tantas otras cosas a las que me estoy refiriendo, debe darse tanto en las conversaciones y los acompañamientos individuales como en los acompañamientos grupales. Durante un tiempo hemos sido muy reacios al acompañamiento individual, precisamente por los abusos y las malas utilizaciones que de él habíamos hecho. Nos inclinábamos casi exclusivamente al trabajo con grupos. En la actualidad, y probablemente por una reacción pendular, se vuelve a hacer referencia, incluso se pone de moda, el acompañamiento individual. Yo no creo que esté tan alejado el uno del otro. Un buen animador grupal es el que

⁸ C. Rogers, *El proceso de convertirse en persona: Mi técnica terapéutica*, Ed. Paidós, Barcelona 2006, 17ª edición.

sabe distinguir y estar atento a las necesidades de cada uno de sus miembros, y busca momentos, muchas veces informales, para conocer y escuchar la situación de cada uno de los miembros del grupo. Y muy frecuentemente aquellos que se toman en serio el acompañamiento individual tienen conciencia de que las personas que acompañan no pueden ser plenamente comprendidas sino desconociendo el contexto social y sus relaciones cercanas, y que todo acompañamiento personal hace referencia y desemboca en la comunidad cristiana.

Pero incluso conociendo la teoría, algunos agentes de pastoral se ponen nerviosos cuando hablamos de la escucha, y se preguntan si con la simple escucha no se estarán perpetuando situaciones de las cuales los acompañados no terminan de salir.

Este es un viejo tema entre directividad y no-directividad. Entre aceptar los ritmos personales o proponer y evaluar objetivos. Una vez más nos encontramos con que la teoría no es suficiente, y que es la persona del educador, la de la gente de pastoral, la que permite saber lo que es oportuno y adecuado en cada momento.

2. Capacidades educativas

Un segundo tipo de capacidades que necesitan los agentes de pastoral, las vamos a englobar en torno a este apartado que he denominado "capacidades educativas". Intentaré aclarar que quiero decir con ello.

Hay personas muy extrovertidas, muy simpáticas, que en torno a ellas crean un clima fácil de relación. Son personas con las que nos encontramos a gusto, y de las que disfrutamos de su compañía. Hay personas, algunas veces son también las mismas que acabó de describir en el grupo anterior, otras veces no, que generan un tipo de relación tan acogedora, y un clima tal de confianza, que facilitan las confidencias, las conversaciones profundas... Pero el agente de pastoral con jóvenes necesita un plus más. No es suficiente que sea simpático, no digo ya que se haga el simpático, que es una cosa bastante odiosa. Ni es suficiente que tenga una capacidad de generar esos espacios cálidos en los que la comunicación personal fluye. Necesita un plus más, porque la relación que se da entre él y los jóvenes es una relación que no es totalmente entre iguales ni es tan dispar como la que se da entre un adulto y un niño. Probablemente la palabra que mejor la debería definir, y que tanto hemos vapuleado es la de "maestro".

El agente de pastoral con jóvenes se encuentra con sus interlocutores, que están en uno de los momentos más importantes y cruciales de su vida. En un momento en que el joven está asumiendo la responsabilidad de coger ésta entre sus manos y marcando su ruta. Está tomando las primeras decisiones, que le van a marcar en el futuro. Está formulando, conscientemente o no, un proyecto de vida por el que va a empezar a dirigir sus pasos. Incluso puede ocurrir que carezca de todo proyecto, y que esté comenzando a dar tumbos, e incluso comenzando a andar los caminos de la autodestrucción.

- En esta situación se necesita que el educador con jóvenes tengan capacidades educativas. ¿Cuáles son estas? Señalaré algunas:
- Es necesario que la gente de pastoral se sienta enamorado de su tarea. Tenga vocación no sólo de educador sino de educador de jóvenes. Que disfrute de su tarea.
- Que se sienta en comunión con el mundo de los jóvenes. Se deje enseñar por ellos de lo que hoy es ese mundo, sin caer en el papanatismo, sino manteniendo una actitud crítica con ese mundo, como se debe tener ante cualquier realidad social.

- Que tenga el convencimiento de que el ser joven es maravilloso, pero no lo es menos el ser adulto o el ser anciano. Y que, por lo tanto, tenga muy claro que trabaja para el futuro; para que los jóvenes de hoy lleguen a ser hombres y mujeres cabales. Por eso, esos los adultos que juegan a ser eternamente jóvenes, a “juvenalizarse” resultan no solamente ridículos sino incapaces para ser educadores de jóvenes. Sobre esto ya escribió unas páginas magníficas Erickson al referirse a “Mami”⁹.
- Que ame profundamente a sus jóvenes. Que sea capaz de creer en ellos, y de soñar que pueden ser más y mejores de lo que hoy son. Esto es lo que Cabarrús denomina la actitud de Pigmalión¹⁰.
- Y, finalmente, es necesario que sea capaz de humanizar, porque sea capaz de ayudar a que los jóvenes razonen, sean críticos, tengan valores, los pongan en práctica, asuman sus fracasos,... y sin embargo no se rindan.

3. Dimensión testimonial y profética

Todo lo anterior llevado al ámbito de la fe y el ejercicio pastoral tiene una concreción que es la dimensión testimonial y profética de la tarea pastoral.

Todo agente de pastoral, y desde luego el que trabaja con jóvenes, está llamado a ser un testigo de lo que anuncia. Y un testigo, más que por lo que dice, por lo que vive y cómo lo vive. "De lo que hemos visto, de lo que hemos vivido, de eso damos testimonio" (1Jn. 1,3).

Esto es lo que en la actualidad se ha venido a denominar "ser parábola de Dios". ¿Qué queremos decir con ello? Que en un mundo donde lo cristiano no sólo no es evidente, si no que resulta extraño, en una sociedad que es refractaria al Evangelio, la forma de ser testigo es convertirse en una pregunta provocativa que lleve al otro de forma explícita o implícita a preguntarse: ¿por qué este vive así? Y que esta sea la puerta de entrada a ese anuncio del que nosotros no somos sino portadores.

Pero un testimonio que está todo él teñido de actitud crítica. De anuncio de la posibilidad de otra forma de ser y de vivir mejor y más fraterna que ésta. Y de denuncia de todo lo que hay de injusto y opresivo en nuestras vidas de nuestro entorno. Probablemente, una de las dificultades que tienen nuestros jóvenes posmodernos es que, inundados de todo, les hemos castrado su capacidad de idealismo y de rebeldía. Para muchos de ellos la palabra "utopía" tiene más de mentira con la que nos engañan las ideologías, que de sueño de lo que debería ser.

De que exista testigos y profetas, parábola de Dios, que con sus vidas anuncien el Reino en gran parte dependerá el futuro creyente de nuestros jóvenes.

C. La persona del agente de pastoral

Con todo ello estamos entrando en lo que yo considero que es el núcleo de la formación de los agentes de pastoral con jóvenes: Su misma persona. Creo que los planes pastorales, los proyectos vocacionales, los momentos fuertes, las conversaciones, las actividades, las técnicas, los contenidos... son importantes, pero sobre todo lo son las personas mismas que asumen la tarea de ser agentes de pastoral.

⁹ E.H. Erikson, *Infancia y sociedad*, Ed. Paidós Hormé, Buenos Aires 1983, 9ª edición, pp. 260-270.

¹⁰ C. Cabarrús, *Cuaderno de bitácora para acompañar caminantes. Guía psico-hitórico-espiritual*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2000, 5ª edición.

En todo lo desarrollado hasta aquí, de forma implícita o explícita, está dicho mucho de lo que debe ser y cómo debe ser la persona que asuma esta tarea, y la importancia que tiene su misma persona en la tarea que tiene entre manos. Quisiera ahora desarrollar algunos aspectos, que hasta ahora no he abordado suficientemente, o que ni siquiera he señalado.

1. El agente de pastoral como un hombre/una mujer de fe

De todo lo anteriormente dicho se deduce que la gente de pastoral sin duda debe ser un hombre/una mujer de fe. Pero detengámonos un momento en la formulación y saquemos sus consecuencias.

El agente de pastoral con jóvenes debe ser un hombre/una mujer que sea tal. Esto es, una persona que ha tomado conciencia de sí misma, que se ha trabajado, que es plena en humanidad, con la plenitud que nos es posible a los seres humanos. Ha de ser una persona consciente y conocedora de sí misma. De sus valores y de sus carencias. Una persona que no se escuda en los jóvenes ni en su tarea con ellos para no asumir su edad y sus responsabilidades. Una persona, no sólo con un proyecto personal, sino alguien que lo ha puesto en ejercicio y realización, utilizando los medios que considera adecuados para su realización. Una persona capaz de asumir las dificultades, los riesgos y los fracasos. Pero una persona sobre todo enamorada de su tiempo e ilusionada con el futuro. Una persona capaz de fiarse de los otros, y establecer relaciones de confianza.

Y, desde luego, una persona que ha hecho el proceso de personalizar la fe, experimentar a Dios en su vida y cuidar la relación con Él. Una persona cuya experiencia de Dios le ha permitido liberarse de los ídolos que cada uno nos creamos. Una persona con una experiencia de Dios, que no le lleva a huir del mundo, ni a vivir de las añoranzas del pasado, sino que le impulsa a encarnarse en este presente y a comprometerse en él.

2. El agente de pastoral como alguien que está en permanente búsqueda de la verdad, y no como alguien que la posee y la impone

Todo esto nos abre una cuestión muy discutida, en la que ni aquí ni ahora es momento de entrar, pero que creo que es de mucha actualidad. ¿Que entendemos por ser un hombre/una mujer de fe? Una persona poseedora de la verdad o una persona que está en permanente búsqueda, de una forma cada día más radical, pero aguantando las oscuridades. ¿Con qué identificamos más la fe, con las creencias o con la confianza?

Es probable que muchas de estas discusiones sean cuestiones aparentemente semánticas. Pero detrás de las palabras hay concepciones distintas de la fe. Resumiendo mucho yo desde mi experiencia cada día me siento más identificado con una concepción de la fe que es confianza. "Sé de quién me he fiado" (2Tim. 1,12). Cada vez creo que la única certeza fundamental es la conciencia de Él, e incluso ésta algunas veces se hace oscura. "Aunque pase por cañadas oscuras nada temo..." (Sal. 23,4). Creo que algo de esto quiso decir Benedicto XVI en el discurso a los profesores de universidad en el Escorial, al referirse a la relación de éstos con los jóvenes, y al presentar la juventud como una etapa de la vida en la que se busca la verdad.

3. El agente de pastoral como maestro/a de la experiencia de Dios y acompañante en el seguimiento de Cristo

Y con ello llegamos al punto que considero central en mi intervención. Creo firmemente que el objetivo último de la tarea de pastoral con jóvenes es ayudarles a que se abra a la experiencia de Dios. Engendrarles en la fe que diría Pablo. Esto supone que el agente de pastoral no sólo

debe ser una persona de experiencia de Dios sino una persona que se dote de aquellos instrumentos que abren a los jóvenes a esa experiencia.

Para este tema, que es muy amplio, me remito a algunas obras de Juan Martín Velasco, especialmente su libro "La experiencia cristiana de Dios"¹¹. En él podemos encontrar un recorrido de lo que es abrir a la experiencia de Dios, y los pasos que debemos dar.

En esta obra se nos hace caer en la cuenta de lo importante que son los previos o presupuestos. Vivimos en una sociedad muchas veces superficial y frívola. En una sociedad distraída y divertida. En la que muchas veces las preguntas previas al encuentro con Dios son casi o totalmente cegadas. Por eso es necesario trabajar esos previos. Lo que la Conferencia Episcopal Canadiense de habla francesa denomina subir a las fuentes¹².

Previos que son: la capacidad de asombro, la apertura al silencio, la educación para una mirada sobre el mundo que nos permita descubrir lo bueno y hermoso que hay en él, pero que nos permita, también, descubrir el mundo de la pobreza, la soledad, la incultura..., y que suscite posturas éticas de compromiso y de solidaridad. Son estos previos los que permitirán las preguntas radicales. En el fondo de lo que estamos hablando es el camino de la ética, el camino de la estética, el camino de la interioridad y del silencio, como las fuentes cegadas que necesitan ser reabiertas.

Es ahí donde se nos permitirá descubrirnos, no como un ser de necesidades, sino como un ser sediento del Ser mismo. Como hombres y mujeres de deseo. El deseo que somos, que diría San Juan de la Cruz.

Curiosamente podemos hoy constatar que a pesar de que las fuentes muchas veces han sido cegadas, sigue aflorando el deseo de espiritualidad. Muchas veces de forma salvaje. No pocas veces reducido a puro psicologismo. Bastantes veces con tintes esotéricos. Pero nuestras librerías se llenan de libros de autorrealización, de técnicas de Relajación y meditación... Son bastantes los autores que consideran que estamos en una época de espiritualidad. Espiritualidad salvaje, pero espiritualidad.

Pero no es suficiente con descubrir que somos personas sedientas. Es necesario reconocer ese agua, que quien la bebe ya no tiene sed (Jn. 4,14). Es necesario el descubrimiento de Dios.

Todo este recorrido es el que el agente de pastoral ha de andar con sus jóvenes. Este es el camino al que debe iniciarles. De tal manera que ellos pueden decir lo que tantos creyentes a lo largo de la historia hemos venido diciendo: "Es verdad, yo antes hablaba de oídas pero ahora lo he visto".

A partir de aquí el camino ya es mucho más fácil. El agente de pastoral se convierte en un hermano mayor, que camina y comparte. Que ayuda discernir y a realizar en la vida cotidiana las consecuencias de esta amistad con Dios.

Espero que estas reflexiones más les puedan ser útiles y operativas. Muchas gracias.

¹¹ J. Martín Velasco, *La experiencia cristiana de Dios*, Ed. Trotta, Madrid 1995.

¹² Conferencia Episcopal Canadiense (2000) *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*. Recogido en D. Martínez, P. González y J.L. Saborido (2005) *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Sal Terrae, Santander 2006